

# EL ALIVIO

“Sólo quiero vivir mi vida, a mi modo, y que me dejéis en paz: mi hermano, ellas (vacilaste), tú”. Hablabas sin excitarte, rápidamente, pronunciando cada palabra con claridad. La dureza de tu voz no era mucha: suficiente para que yo tomara tus palabras con su escueto significado, sin excederme, pero tampoco sin quedarme corto. Tú sentada junto a mí, jugabas con los botones de mi pijama, introducías los dedos en el ojal y me acariciabas el pecho. Observabas como aguardando una respuesta. Mirando fijo los libros que tenía delante de mi, evitaba encontrarme contigo. Pensaba, o mejor, sentía, rememoraba las sensaciones anteriores, a partir del día en que te había conocido en la exposición de José Luis, después de la cena en tu casa (“morcillas de burro”, dijo José Luis), con otros amigos (aquel increíble muchacho de barba, doctoral, elocuente —parecía un cerdito de cara redonda y nariz corta), tú sentada en el brazo de mi sillón, mirándome de cuando en cuando (“tú hablaste muy poco” — me dijiste; “bueno, me gusta más observar”). De allí al drugstore de Fuencarral, hasta las cuatro de la mañana. Betty, tú, José Luis, yo. En el taxi me diste tu número de teléfono (“sin tú pedírmelo” —ríes con un genuino aire de frívola sin mácula). (Luego Betty te echaría en cara tu conducta tan poco ortodoxa a pesar de la libertad de vuestras relaciones). Te llamé pasados dos o tres días. A partir de entonces todo se aceleró, ambos lo queríamos, sin que fueran precisos muchos circunloquios. De esos días me quedaba una sensación: tu cuerpo desnudo, pequeño, blanco, de pechos cortos y caderas alargadas, bajo o sobre el mío, tus brazos alrededor de mi cuello, buscándome; una respiración ansiosa, estremecida, y unas palabras cortas, a veces nada más que silbadas, mordisqueando acidamente mi oído; luego cambiabas y tus labios besaban mi sexo, te hundías en él, y yo sentía una frescura de sombra o simplemente de protección, cerraba los ojos y te dejaba hacer, acariciándote lentamente los pechos, la espalda. ¿Cuántas veces se repetiría esta imagen, con variaciones de lugar, de aires de ciudad o de pueblo (Toledo, recuerda Toledo) de mañanas, de tardes o noches? Acabaron con ellas la erube, la fatiga y tu dispersión. Pero hasta ese momento nos devoramos como animales adolescentes (ni tú ni yo lo éramos, adolescen-

tes), con habilidades y torpezas, con algunas precauciones y arrepentimientos, y en las pausas, mientras encendías un cigarrillo y respirabas hondo, me relatabas la historia: el pueblo, el río, tu padre (con qué fervor me hablabas de tu padre), tu infancia de niña extrovertida, rara en una familia de adustos (“esta no es hija del veterinario” —decían— y quedaba aún dolor en tu recuerdo cuando repetías eso); creciste ágil, pequeña, dada, sacando belleza del trajín diario, sintiéndote en ocasiones sola pero más a menudo divertida; y de pronto el cambio: el amor del mundo por el de la soledad, en el convento. Esta fue una forma de darte a los demás por oficio; pero tú necesitabas también recibir, y la santidad del lugar, la quietud del aire en el claustro, las privaciones, a veces los sacrificios, eras tú sola; y tú querías sentirte parte de un círculo, no eras una orilla. Lo pasaste mal, claro, unos años, pero aguantaste. Hasta que no pudo ser, y volviste al amor del mundo. Querías cogerlo entonces todo con fruición, como si mañana fuera tarde. tú estabas siempre allí donde el optimismo, la fiesta, el afán de vivir. Me cuentas tantas aventuras. Me divertías, te compadecía (¿por qué?) te creía a ratos. me irritabas, pero tú por encima del cansancio seguías estando allí hasta muy tarde, disponible, ansiosa, decidida a no perder nada de nada, a tenerlo todo hoy, ahora, como si mañana, después. ya fuera tarde, irrecuperablemente tarde.

“Quiero vivir mi vida” —y esperabas una respuesta, aunque nada habías preguntado, sino dicho, expuesto, afirmado quizás. Me levanté. me quité el pijama y me puse la ropa.

Tu dispersión, la gripe y la fatiga.

Me pregunto si valió la pena —tanto tiempo después. Porque entonces no entendí nada: tú estabas con todos por estar. simplemente por estar: así aliviabas tu miedo.

Md. 14-3-73

Larry Quine

*Versión:*  
Lázaro Santana